

Cristian Felipe Ruiz Mejía

Cómplices silenciosos

Ilustraciones

Angie Natalia

Bernal Cárdenas





Institución Universitaria
Politécnico Grancolombiano

Calle 61 No. 7 - 69
Tel: 7455555, Ext. 1516
Bogotá, Colombia

© Derechos reservados
Primera edición, diciembre de 2024

Cómplices silenciosos

eISBN: 978-628-7662-50-6

Autor
Cristian Felipe Ruiz Mejía

Ilustrador
Angie Natalia Bernal Cárdenas

Editoras académicas
Victoria Eugenia Peters Rada
Marcela Fernanda Téllez Pedraza

Equipo editorial
Director editorial
Eduardo Norman Acevedo

Analista de producción editorial
Guillermo A. González T.

Corrección de estilo
María Elvira Mejía

Ruiz Mejía Cristian Felipe
Cómplices silenciosos / Cristian Felipe Ruiz Mejía ; Angie Natalia Bernal Cárdenas,
ilustradora. – Bogotá D.C.: Editorial Politécnico Grancolombiano., 2024.

24 p.; il. ; 16 x 23 cm.

eISBN: 978-628-7662-50-6

1. literatura colombiana 2. Misterio en la literatura 3. Ejercicio académico --
investigaciones 4. Cuentos cortos -- Libro ilustrado I. Institución Universitaria
Politécnico Grancolombiano II. Tit.

SCDD 863.0872

Co-BoIUP

Sistema Nacional de Bibliotecas - SISNAB
Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano

¿CÓMO CITAR ESTE LIBRO?

Peters Rada, V.E. y Téllez Pedraza, M.F. (Eds.) (2024). *Cómplices
silenciosos*. P. 24. Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su
incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier
forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por
escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico
Grancolombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución
Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al licenciamiento
Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No
comercial – Compartir igual.

El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con
propósitos académicos siempre y cuando se indique la fuente o
procedencia. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del
autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial del Politécnico Grancolombiano pertenece a la
Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (ASEUC).

El proceso de Gestión editorial y visibilidad en las Publicaciones
del Politécnico Grancolombiano se encuentra CERTIFICADO bajo los
estándares de la norma ISO 9001: 2015, código de certificación ICONTEC:
SC-CER660310.



Como ya es habitual, me encuentro sentado en mi viejo escritorio de madera color caoba que conservo de la herencia de mi abuela. Tan solo me acompaña un vino tinto, bastante seco, por cierto, y los escritos que logré plasmar durante las últimas horas. Siento que cada vez se hace más compleja mi tarea de escritor y en parte creo que es debido al largo período de tiempo que llevo en mi vieja cabaña. No puedo negar que es el único lugar donde me siento a gusto, pues sus paredes de madera guardan los más profundos secretos de mi agobio e inconformismo frente a aquella sociedad de la cual decidí huir hace ya algún tiempo.

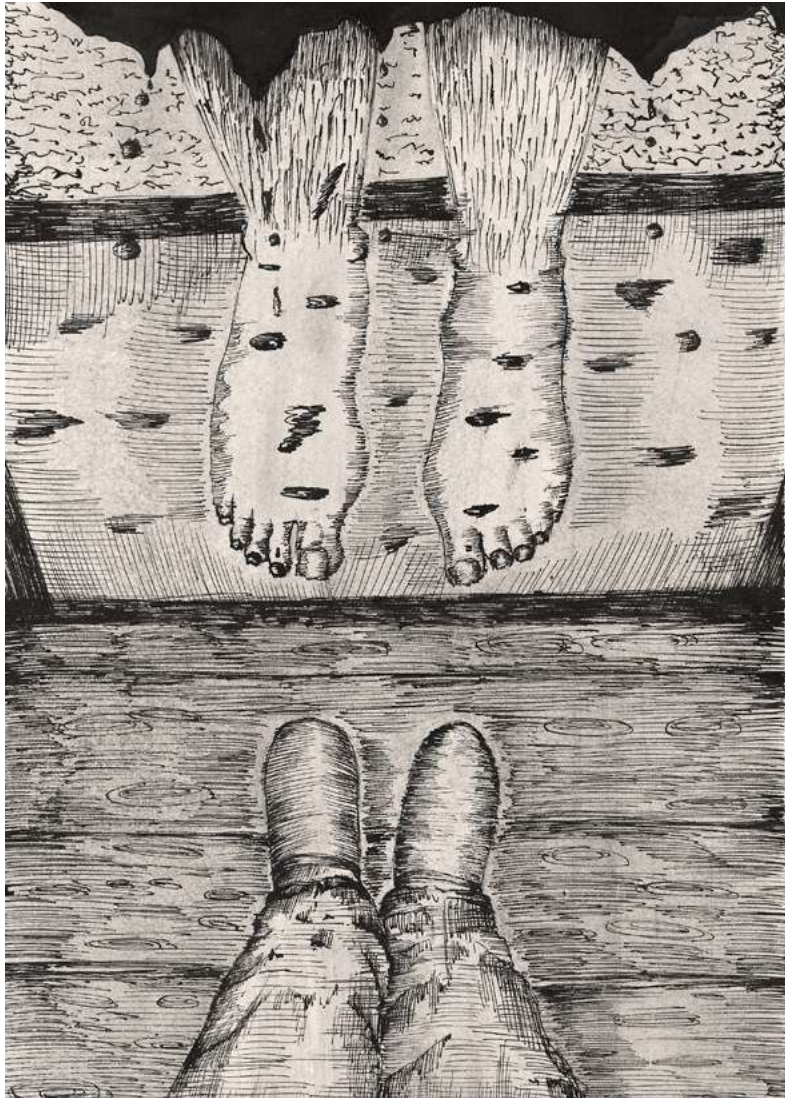
Mi cabaña es pequeña, hay una sala en el centro con un sofá de color ocre que está ubicado de manera intencional frente a la chimenea. Al lado izquierdo hay un ventanal por donde observo durante horas aquel bosque frío, gigante y oscuro que me rodea, tal vez esperando que el viento que sopla por entre los robustos árboles, traiga consigo respuestas para las dudas que nublan mi lucidez, y así lograr completar por medio de las letras, las ideas inconclusas que rondan mi mente. Al lado derecho se encuentra una pequeña cocina que tiene lo necesario para preparar mis alimentos; y en la parte trasera está la puerta que da a mi habitación, en donde hay una cama y un viejo armario con mis prendas de vestir. En fin, creo que ya comencé a divagar de nuevo, describiendo el mismo lugar que conozco y exploro como a la palma de mi mano.





Hoy es una noche particularmente fría, por lo que llevo puesta mi preciada ruana, fabricada para mí por un viejo campesino hace ya algunos años. Afuera cae una tormenta que no cesa y retumba en cada rincón del lugar, tanto, que la madera resuena con cada gota que cae. Los truenos no dan tregua con sus fuertes rugidos que invaden todo el bosque, como si el cielo se lamentara con cada uno de ellos. Me levanto y voy hacia la chimenea para poner más leña, ya que el fuego comienza a perder su fuerza y es él quien me brinda algo de calor dentro de tanta frialdad. Me siento en el sofá para observar las formas que salen de las llamas que, por cierto, nunca son iguales; al tiempo, pienso que el fuego es tan indescifrable como nosotros mismos.

Luego de algunas noches en vela debido a mi recurrente insomnio, comienzo a sentir que mis ojos se ponen pesados y que el fuego de la chimenea se diluye lentamente dentro de mi cabeza. El oscuro mundo de la inconsciencia se empieza a instaurar, cuando de repente un fuerte estruendo en la puerta me deja estupefacto. ¿Qué podría haberla golpeado así? Quizás una rama que cayó de algún árbol o un animal que chocó, pero ¿qué animal estaría afuera en medio de esta tormenta? Un silencio sepulcral me invade, la soledad no es buena consejera en este tipo de circunstancias y es ahí donde el miedo aprovecha para hacer de las suyas. Observo por la ventana, pero no logro identificar nada por la cantidad de lluvia y neblina que se esparce por el lugar.



Sin esperarlo, suena un segundo golpe, pero esta vez se repite tres veces. Después de unos segundos, se escucha nuevamente y cada vez más fuerte. Solo el puño de alguien podría estar golpeando de esa manera, pero me niego a aceptarlo, pues no hay nadie en kilómetros y si así lo fuera no estaría caminando en medio de una tormenta. Los nervios me tienen paralizado, miro fijamente la puerta que vuelve a sonar. La curiosidad se sobrepone a mis temores y con las piernas un poco débiles, decido caminar hacia la entrada y abrir; tal vez esperando lo peor, pero qué más da, si al final no es mucho lo que pueda perder. Tomo la perilla y abro.

Frente a mí aparece un hombre que lleva una capa de plástico de color negro, manchada de tierra y que llega hasta sus rodillas; sus piernas están descubiertas y no tiene zapatos. No logro distinguir bien su rostro, pero me llama la atención lo pronunciadas que se ven las cuencas de sus ojos a pesar de la oscuridad que invade el lugar. Lo miro fijamente por al menos cinco minutos, pero de su rostro no emana ningún gesto; no menciona ninguna palabra, al tiempo que un torrente de agua cae sobre él. Tras este silencio tan prolongado, incómodo e intenso, decido hacerle una señal para invitarlo a entrar.

Pone un pie dentro de la cabaña y, sin ninguna reserva, da un paso decidido hacia el interior. Observa detenidamente el lugar, tras un breve instante se dirige hacia el sofá y se sienta frente a la chimenea. Curiosamente el fuego adquiere una tonalidad fría, sus llamas se tornan de color azul mientras el hombre, mojado, se mantiene estático sin mencionar palabra alguna. Voy directo a la cocina para tomar un pequeño banquito de madera y regreso a la sala para sentarme al lado de la chimenea, desde donde lo miro de frente fijamente. Sigo sin comprender por qué no le pregunto nada a aquel hombre desconocido; más aún después de haberlo dejado entrar a mitad de la noche, sin pensar siquiera en la crueldad de sus intenciones. Una sensación abrumadora hace que todos los músculos de mi rostro pierdan su funcionalidad a tal punto que mis labios quedan inmóviles.



Luego de un instante y gracias a los destellos de luz que proyectan el fuego, puedo ver sus ojos. Son intensamente negros y opacos; sus pupilas, de gran tamaño, parecen un túnel muy profundo y oscuro que me hipnotiza. La impaciencia comienza a jugar su papel luego de un tiempo considerable de estar en la misma situación, razón por la que me levanto de nuevo para ir por un vaso de agua que ofrecerle al hombre en espera de alguna reacción. Con mi mano extendiendo el vaso hacia él, pero tras varios segundos continúa inmóvil. Quizás la ansiedad que me genera aquel incómodo momento desata el impulso incontrolable de poner mi mano sobre su hombro y moverlo un poco.

De repente, una fuerte corriente entra por mi cuerpo y de inmediato me obliga a retroceder. El hombre se levanta bruscamente y camina hacia la puerta, pero al llegar allí voltea y, con una expresión de bastante molestia expresada en su rostro, toma la capa de plástico que lleva encima y se la retira, quedando por completo desnudo frente a mí. Sus costillas están bastante pronunciadas, los huesos de sus extremidades se marcan bajo su reseca y pálida piel. El pánico invade cada rincón de mi cuerpo mientras quedo pasmado por la escena. En un abrir y cerrar de ojos, abre la puerta y corre directamente hacia el bosque en medio de la lluvia que no da tregua.



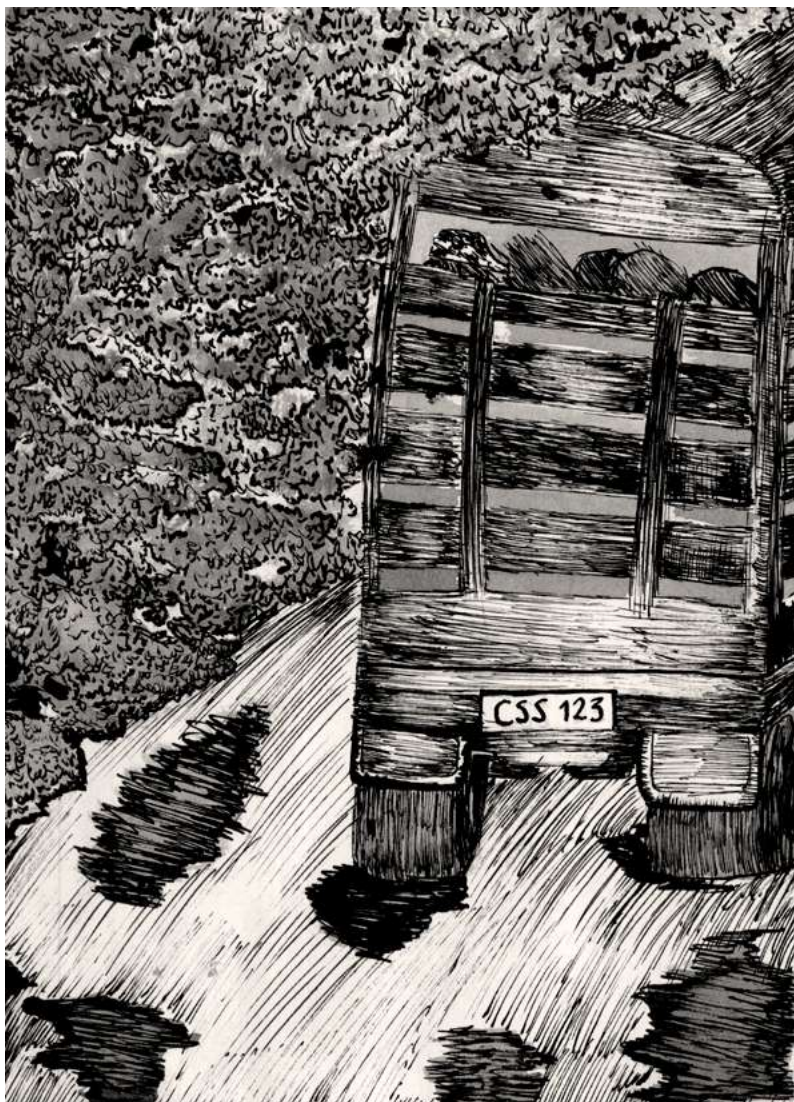
Es tan enigmática esta aparición, que luego de librarme de la presencia de aquel ser, siento que mis dudas no pueden quedarse sin respuesta. Salgo de inmediato de la cabaña y me interno en la espesa neblina que abraza el bosque, pero no logro distinguirlo. El soplo del viento atraviesa mi cuerpo como queriendo decir algo, y a lo lejos se escucha el sonido de unos pasos sobre la tierra. Camino hacia aquella dirección por al menos cuarenta o cincuenta metros, sin que logre escuchar un paso más. Un silbido muy cercano a mi oído me hace girar. Miro alrededor y, de repente, logro distinguir tras un árbol muy cercano la silueta de un cuerpo. No veo muy bien si es el mismo hombre, pero siento que me observa fijamente.

Sin comprenderlo, percibo que la energía que emana de este ser quiere llevarme en su dirección. Entonces, decido correr hacia él, pero de nuevo arranca su huida, aunque esta vez menos veloz, de tal manera que no lo pierdo de vista. Descendemos por la montaña durante algunos minutos hasta llegar a una pequeña vía empedrada, donde la neblina ha disminuido un poco, y puedo distinguir al hombre parado sobre la vía. Desde ese punto se gira y me observa, pero esta vez sus ojos parecen tener una expresión de mucha tristeza.

Repentinamente, se ven dos luces a lo lejos, al tiempo que el sonido de lo que parece ser un motor, se acerca hacia nosotros. Logro identificar que es un camión cuando se detiene frente a él, y tras este, parece haber otros vehículos más. Observo con mayor claridad que unos hombres descienden de la parte trasera, sus prendas son de uso privativo de las fuerzas armadas y llevan fusiles colgados en sus hombros. Por su comportamiento, diría que son militares al servicio del Estado.

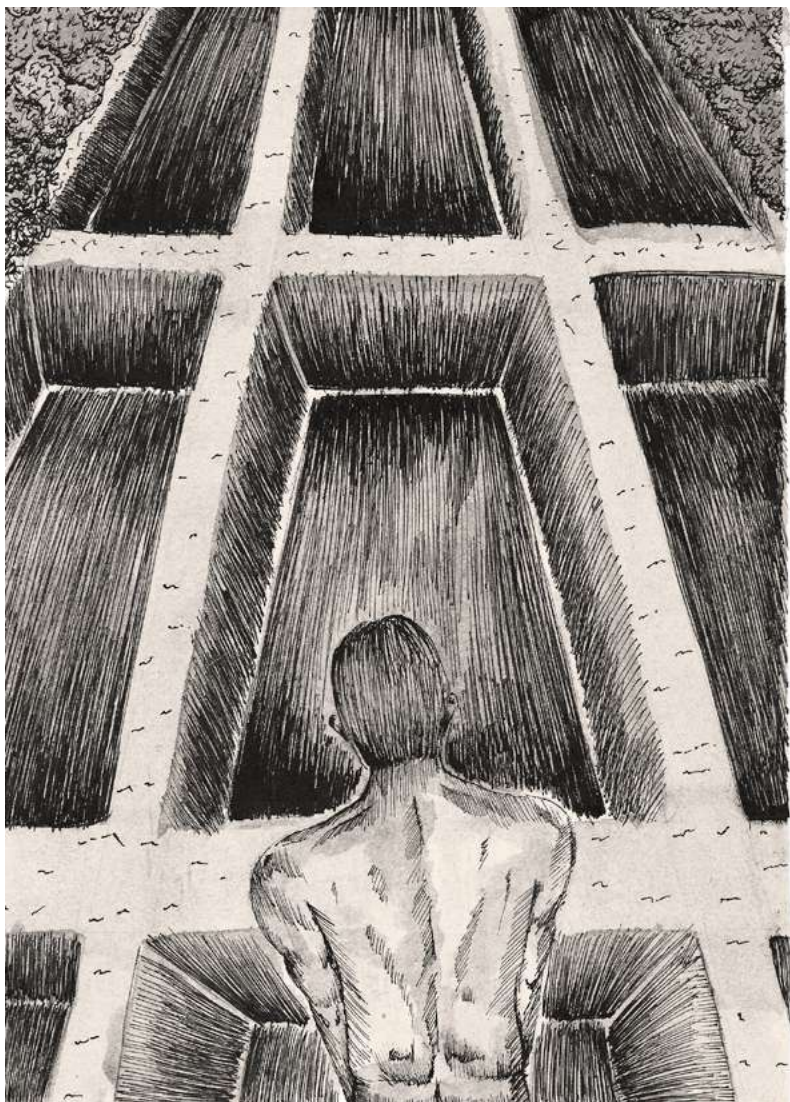
Uno de ellos, que parece ser el comandante, cruza un par de palabras con el hombre, pero estas resultan inaudibles para mí; coloca la mano sobre su hombro y lo conduce para subirlo en la parte trasera del camión. Los demás militares suben tras él y los vehículos inician su marcha, al pasar por mi lado, es como si fuese invisible para ellos. Observo el primer camión y distingo que varios civiles van dentro de él; luego en el segundo y tercero veo más personas con las mismas características.





Algo no está bien, pienso dentro de mí, por lo que decido correr sigilosamente tras ellos con el fin de ver hacia dónde se dirigen. Debido a las condiciones climáticas y a las malas condiciones de la vía, mi persecución se facilita. Luego de un kilómetro y medio, o quizás dos, los vehículos se detienen. Empiezan a bajar primero los militares y tras ellos los civiles, a quienes identifico como hombres jóvenes, todos van desnudos. Con linternas, comienzan a guiarlos hacia la parte baja de la montaña, para descender por una colina hasta llegar a una zona plana con algo de maleza. Yo logro seguirlos a lo lejos camuflándome estratégicamente entre los árboles. Todos permanecen quietos y ninguno habla nada.

Después de un rato, el comandante y algunos soldados sacan de sus morrales prendas militares que comienzan a entregarles, obligándolos a colocárselas. Una vez los jóvenes están vestidos, el comandante hace un gesto a sus subalternos y de inmediato estos los empujan para empezar a caminar. Sus rostros están invadidos por una profunda angustia y desesperación. La neblina comienza a tomar un color grisáceo oscuro mientras se esparce por todo el lugar, sin embargo, alcanzo a ver cómo las piernas de los jóvenes avanzan, temblorosas, hacia lo profundo del bosque en donde los militares se disponen en formación y empiezan a apuntarlos.



A lo lejos logro distinguir a aquel enigmático hombre que llegó hasta mi cabaña; veo que detiene su marcha, pero esta vez lo hace girando su cabeza justo hacia donde yo estoy, como si fuera el único que supiera o sospechara de mi presencia. Extrañamente me sonrío, y ese gesto me hace pensar en un pequeño niño que cumple con la tarea que tanto trabajo le costó entregar.

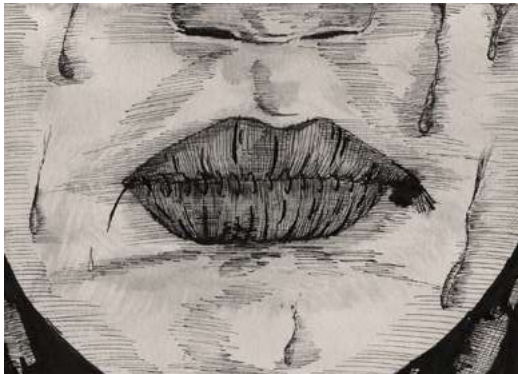
De repente, un fuerte sonido invade el lugar y, como en cámara lenta, como si el tiempo se detuviera, una bala proveniente de un fusil impacta el cráneo de aquel hombre. La sangre comienza a brotar de la herida mientras aquel cuerpo ya inerte se desploma en el suelo. Tras ese disparo, una ráfaga de balas ilumina todo mientras los cuerpos de los demás van cayendo, uno por uno, repartidos por doquier. Luego de un instante todo queda en un silencio sepulcral. Los militares se acercan y colocan algunas armas a los cuerpos ya sin vida. Al terminar su trabajo, y como si una historia de ficción mezclada con terror se proyectara ante mis ojos, todos los militares van desapareciendo mientras se funden como materia oscura en la espesa niebla.

Los cuerpos de estos civiles yacen inertes en el suelo, después de aquella dantesca escena que se queda impregnada en mis emociones. De cada cuerpo comienza a desprenderse una silueta que llega a tomar una forma casi humana, aunque distorsionada. No me atrevería a afirmarlo, pero quizás es eso a lo que llamamos alma. Como un coro griego, aquellos espíritus se forman de manera organizada mientras sus miradas se centran en mí. Es muy poco lo que puedo distinguir de sus rostros, pero me llama la atención que en sus bocas hay unos hilos que atraviesan sus labios, como sellándolos por completo.

Cada uno se lleva hacia su boca lo que parece ser el dedo índice, y lo entiendo como una señal de guardar silencio, de callar. Luego giran al tiempo y dirigen su mirada hacia el bosque, por donde avanzan caminando para fundirse en la oscuridad. A la vez que se adentran en la espesura, se dispersan en distintas direcciones hasta desaparecer por completo; la neblina también se diluye mientras el sol comienza a ascender lentamente en la profundidad del horizonte.

Me encuentro solo en medio de este lugar, sin comprender lo que sucedió realmente. Me cuestiono si he perdido el juicio, si aquello que vi fue real, o si tan solo se trató de una ilusión fabricada por mi mente. Pero luego de volver una y otra vez a las imágenes dentro de mi cabeza, comienzo a comprender que aquellos sucesos no tienen nada de ficción, y que simplemente un alma adolorida y en búsqueda de respuestas apareció frente a mí para develar el peor delito del que muchos hemos sido cómplices: el silencio. Sí, el silencio disfrazado de indiferencia que indirectamente nos hace partícipes y testigos de una macabra historia.





¿Bajo la orden de quién se ejecutaron estos individuos?
¿Cuántas almas están a la espera de la verdad? ¿Y si somos
nosotros, como sociedad, quienes tenemos la capacidad de
desenterrar dicha verdad? ¿Sucederá que aquellos verdugos sean
condenados por cada una de las injusticias cometidas? Tal vez
no. Por ahora, debo regresar a mi cabaña y plasmar en letras
aquello que sucedió por si alguien se cruza un día con mis palabras
y decide dejar de ser un cómplice indirecto para convertirse en
un vocero de la justicia y la verdad.





“El silencio, aquella indiferencia que indirectamente nos hace partícipes de una macabra historia.”

Cómplices silenciosos